

NOTAS

Pasión y muerte de un dios

ESTAMOS ASISTIENDO A UN ACONTECIMIENTO fascinante y terrible: la agonía de un dios. A medida que la fe absoluta en el Dios del Evangelio se debilitaba al promediar la Edad Moderna, nuevos dioses, esta vez mortales, empezaron a llenar la escena. Uno de ellos, quizás el más poderoso, fue el Estado.

Los reyes absolutos decían mandar en nombre de Dios. El llamado “derecho divino de los reyes” fue, en realidad, un puente conceptual gracias al cual el poder de los reyes, no el de Dios, comenzó a ser exaltado. Pero aquel que divinizó formalmente al Estado fue el pensador inglés Thomas Hobbes, al promediar el siglo XVII. Fue él quien llamó al Estado “Leviathan”, voz bíblica que significa “dios mortal”.

Hobbes escribió que los hombres recurren al Estado en demanda de la paz y el orden que ellos no pueden alcanzar. Así nació la creencia de que el Estado es algo más, de otra naturaleza, que los hombres. Un super hombre. Un dios mortal.

El mundo empezó a imaginar desde entonces que todo aquello que los hombres no pudieran obtener, podrían encargárselo al Estado. Una larga serie de pensadores políticos de Rousseau a Lenin, pasando por Hegel y Marx, cifró cada vez más las claves de la historia, la justicia y la felicidad en el quehacer del Estado. En un agudo pasaje de *La democracia en América*, escrito en 1834, Alexis de Tocqueville entrevió el peligro de una nueva forma de despotismo que llamó benevolente o benigno. Ya no tiránico, ya no belicoso, el Estado del futuro sería según Tocqueville un “déspota benigno” que iría tomando a su cargo, una por una, las funciones que antes de él cumplían los individuos. La salud, la vejez, el empleo, la caridad, la educación... todas estas preocupaciones irían a parar al nuevo Leviathan. “¡Qué lástima —agregaba Tocqueville con amarga ironía— que no podamos transferirle incluso el esfuerzo de pensar y la molestia de vivir!”.

Por un largo tiempo el hombre contemporáneo creyó en el Estado-Providencia. Tuvo fe en el dios mortal. Pero a medida que iba trasladando su sueño en una organización sobrehumana que todo lo resolvería a la reali-

dad, surgió ante sus ojos una imagen bien distinta. No ya el Estado-Providencia, sino el Estado-sustituto y castrador del hombre, que cegaba con su inmensa burocracia la fuente misma del progreso: las motivaciones individuales. El socialismo, el populismo, el comunismo, dieron nacimiento a sociedades cuyo rasgo común era la apatía del ciudadano. El brio, la imaginación, la creatividad, circulaban por otras partes.

Cuando esto ya resultaba evidente, hacia los años 40, Bertrand de Jouvenel rebautizó al Estado con otro nombre: el Minotauro. La mitología griega cuenta que el Minotauro, un dios bajo forma de toro, devoraba a sus víctimas en el interior del Laberinto. Nuevo Minotauro, el Estado chupa las energías de la sociedad en su laberinto burocrático. Habría que matarlo.

Después comenzó la destrucción minuciosa del mito del Estado. John Locke ya había advertido 40 años después de Hobbes que creer que el Estado podría hacer lo que los hombres no pueden hacer era partir de una premisa falsa porque el Estado, al fin y al cabo, es el nombre que damos a un determinado grupo de hombres. Ya en nuestro siglo Karl Popper y Friedrich Hayek demostraron que ningún hombre, por sabio que fuera, podría agotar la realidad social; ella es demasiado compleja y cambiante para que alguien pueda conocerla y controlarla. Si esto vale para cualquier hombre, ¿por qué no habría de valer para los hombres que controlan el aparato del Estado? Planificar la vida social, practicar lo que Popper y Hayek llaman la “ingeniería social”, quedó a partir de ellos como un acto de estúpida arrogancia.

El economista James Buchanan acabó esta tarea de desenmascaramiento del Estado al advertir, con su escuela del “Public Choice” o análisis de las decisiones públicas, que los funcionarios que deciden en nombre del Estado están sujetos a los mismos vicios y errores que los ciudadanos privados. ¿Por qué habríamos de confiarles nuestro destino?

Así se completó la destrucción “conceptual” del Estado. La gente creyó cada día menos en el dios mortal. Pero el dios mortal está ahí, delante de nosotros. Ya no es el mito o la ilusión que era al nacer; ahora es una gigantesca realidad.

Lo que ha comenzado recién ahora en aquellas áreas del mundo no desarrollado, comunista o populista, donde más había penetrado la fe en el dios mortal, es la destrucción ya no “conceptual” sino “real” del Estado. Mijaíl Gorbachov le puso un nombre que ha cobrado validez universal: *Pereestroika*. En la Unión Soviética, en Polonia o en Hungría, en el México de Salinas o en la Argentina de Menem, quizás mañana en el Perú de Vargas Llosa o en el Brasil de Collor de Mello, por todas partes la consigna es ésta: crucificar al dios mortal.

Si lo logramos, lo que sobrevendrá no es la anarquía sino, simplemente, el Gobierno: un conjunto de ciudadanos a cargo de la coordinación de nuestras iniciativas a quienes elegimos y controlamos, llamándolos administradores o gobernantes. Un conjunto de servidores cuya meta no será sustituir sino apoyar las inmensas posibilidades de la energía social. Los pueblos desarrollados no tienen Estado. Tienen Gobierno.

¿Pero llegaremos a esta altura? ¿Podremos vencer la resistencia de la legión de cortesanos públicos y privados que medran con el Estado? ¿Se-

remos capaces de vencer nuestro propio miedo a una vida sin tutores ni padrinos, en libertad?

Federico Nietzsche tuvo la osadía de decir que “Dios ha muerto”. Su idea era que el Dios del Evangelio debía morir para que el hombre pudiera vivir. Muchos dirán: blasfemia. No lo es en todo caso decir que, para que el hombre del Este y del Sur en situación de subdesarrollo pueda vivir, es necesario que alguna vez podamos proclamar: el Minotauro ha muerto.

Mariano Grondona
